



De los padres de la patria a la patria de nuestros padres

Sol Serrano

Historiadora, Universidad Católica de Chile

¿Cómo no sentirse una tiesa historiadora ante el embate fascinante que Marco Antonio de la Parra emprende de nuestra historia y de nuestra forma de narrarla? ¿Cómo entrar con él en los intersticios de nuestra memoria sin tijejear su riqueza, su ritmo y su radical profundidad?

Esta obra me parece una de las reflexiones más incisivas de los últimos tiempos –si es que no es la más– sobre el desconcierto que nos embarga en uno de los periodos de cambio más profundos –si es que no es el más– de la historia de Chile.

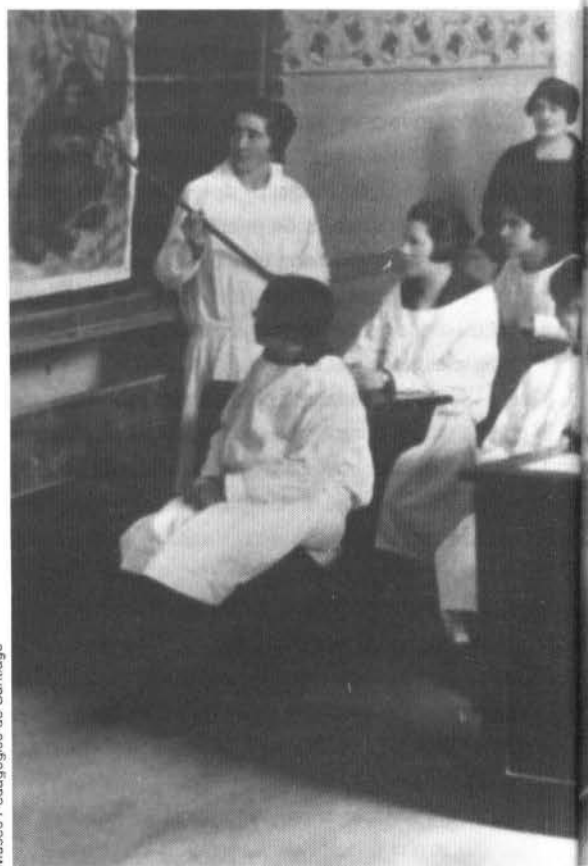
Es un lugar común en los círculos ilustrados decir que en este país no pasa nada, que es una lata, que los consensos alcanzados castraron la imaginación y los sueños, en fin, una retahíla narcisista ciega finalmente a una sociedad que cambia a pasos agigantados, pero que cambia hoy en otros espacios que ayer, ya no en los clásicos del poder público sino en los de la esfera privada.

Están pasando tantas cosas y tan profundas que creo que Marco Antonio de la Parra llega a la médula al indagar sobre la pregunta más crucial que nos abre los cambios que vivimos: si ellos son capaces de constituir una identidad común; si recogen una identidad antigua o si sencillamente la clausuran; si agotados los significados clásicos aglutinadores de ser nación, habrán nuevos valores que le den sentido a vivir juntos. Algo así como el sentido que tiene la nación como concepto fundador de la convivencia.

Creo que no puede haber escogido un mejor símbolo que el liceo y la educación para expresarlo.

Por mil razones, porque no tuvimos fuertes cul-

turas indígenas; por el tipo de colonización, agraria y militar; porque el tipo de asentamiento araucano era territorial-familiar y no en pueblos; porque los pueblos de indios del valle central fueron absorbidos en el peonaje vagabundo y en el inquilinaje diseminado en la



Museo Pedagógico de Santiago

hacienda; porque nuestras ciudades fueron pocas y débiles. En fin, porque éramos demasiado pobres e irrelevantes en el concierto imperial, nuestra memoria de identidad colonial fue barrida por el fuerte impulso del Estado nacional.

La nación, más que expresión de una cultura antigua como lo fue en Europa, entre nosotros era un proyecto de futuro que cortaba con el pasado y que se construía desde el Estado.

Entonces se quiso construir una memoria nueva que fundara una identidad basada en la razón y en los valores de la libertad y el progreso. Esa memoria debía clausurar, por oscurantista, la tradición de la cultura oral y construir otra basada en la cultura escrita. Era allí donde residía la *civilización*, el resto era barbarie y sólo barbarie.

Me parece que la identidad cultural más fuerte

entre nosotros ha sido finalmente la republicana, por tanto político-institucional, con símbolos y rituales homogéneos, intelectual más que sensual, escrita más que oral, disciplinada más que festiva, contenedora más que catártica.

Mario Góngora ya habló sugerentemente sobre esta nación construida desde el Estado. El veía en las guerras el elemento más poderoso. Sin negarlas, me parece, sin embargo, que el elemento más poderoso fue la educación.

La obra de Marco Antonio me llega en el momento en que, con picota y martillo, recorro los archivos descubriendo cómo se formó ese liceo y esa escuela, cómo fueron una verdadera *revolución cultural* en una población, sobre todo en las provincias, para la cual la educación no significaba ningún valor muy real.

Cuando uno lee esos informes de visitadores de escuela o de rectores de liceo, no sabe si ellos leyeron a Foucault o si Foucault los leyó a ellos. Allí está, en su plenitud, la construcción de un nuevo espacio disciplinario para morigerar las costumbres, para que los niños abandonaran la ojota y se pusieran zapatos, para que el poncho diera paso a la chaqueta, la paja y el adobe al vidrio, el suelo de tierra al banco, y se impusiera la noción del tiempo con un reloj de arena, la de espacio con el mapa, la de autoridad con el puntero y la del deber con el himno y la bandera. El libro de clase era la individuación sobre la cual se construiría la estadística de un Estado moderno y burocrático. Mientras, los padres dudaban si el hijo no sería más útil en las labores domésticas y las cosechas que en la escuela.

Este nuevo espacio físico y mental finalmente construyó un *ethos* que pobló nuestra imaginación de país decente, democrático, esforzado y culto. Bueno o malo, verdadero o mentiroso, no importa. Lo cierto es que aquel proyecto voluntarista del XIX logró constituirse en cultura, en identidad nacional. Es la escena en que Fredes, que es el Estado, se casa con Loureiro, que es la Educación y tienen por hija



**La escuela chilena:
en clases de ciencias naturales.**

a la Nación. Cuando Sanhueza, el Mercado, intenta casarse con Educación, la frigidéz los embarga. *Construimos la república, dice el Rector, y ahora el silencio...*

¿Es capaz el mercado de producir un *ethos*? No por sí mismo, pero sin duda es capaz de crear formas de integración que, si bien aparecen tan deleznable para el mundo ilustrado, tienen un profundo sentido para quienes han sido excluidos de la simbología del consumo. Soy en esto menos escéptica que Marco Antonio y quizás, por la naturaleza de mi propio oficio, guardo cautela frente al temor apocalíptico de los *poseedores de la cultura escrita* que han mirado siempre con profundo temor la rebelión a su reinado que ha ido junto a la revolución en las comunicaciones. En todo este debate actual sobre la televisión y el consumo, es difícil no recordar las tremendas polémicas en el siglo XVI y XVII sobre los males de la imprenta que, así como podría comunicar la virtud, podría también comunicar el error. La educación primaria, más en Europa y menos aquí, tuvo muchos detractores. ¡Desconfianza atávica del discernimiento de los otros!

Marco Antonio, sin embargo, no quiere rescatar el reinado del dominio sino el del afecto y el del sentido. El drama de si la modernidad es capaz de construir sentido de pertenencia. No entraré en una disquisición que me supera. Sin embargo, comparto esa profunda inquietud sobre la sociedad chilena.

Porque nuestra identidad ha sido culturalmente débil, nuestra forma de vivir la modernidad ha sido siempre arrasante. Creo que esa es parte de nuestra identidad, esa hibridez ansiosamente abierta y negadora (*¿Y si San Pablo se hubiera caído del caballo en Copiapó?*)

que no tiene formas de vida —fuera del ritual republicano-institucional— que sienta que quiera defender y preservar, ni comidas, ni bailes, ni juegos, ni barrios, nada verdaderamente festivo.

Entonces, *la historia se deshace sin soporte*, porque los cambios que estamos viviendo ya no resisten como soporte una simbología que perdió su fuerza creativa. Esa forma decimonónica de ser nación siento que se desvanece en el aire.

Hay una frase de la obra que creo abre un camino al futuro. Los profesores están amenazados por quienes quieren eliminar la historia del mundo. Se preguntan cómo defenderse y uno tira el verdadero salvavidas. *Repetiendo... despacito... la historia de esta tierra... en el oído... de la gente.*

Construir una memoria cuyo sedimento no sea constructivista, sino que recoja la humanidad de lo humano, una memoria construida en el afecto y no en el mérito, que acompañe y acoja, no que obligue y censure. Una memoria compasiva más que selectiva. Esa memoria no se inventa por voluntad, se le escucha y para ello debemos narrarnos nuevamente. Narrarnos con los nombres propios que aparecen en la obra de Marco Antonio cuando sus personajes se tocan con afecto y desaparecen los apellidos.

Escuchar esa memoria en su radical humanidad, siento que es la respuesta de Marco Antonio ante el desafío del cambio vertiginoso de este país. Para nosotros los historiadores es un desafío a narrar, más que la historia nacional, la historia patria; más que la historia de la nación, narrar finalmente la historia de nuestros padres.